



FERNÁNDEZ, Saúl, *Basado en hechos reales: diez historias*, Oviedo, C y Ediciones del Norte, 2006. 95 pp.

ISBN: 84-609-8106-1

Javier García Rodríguez
(Universidad de Valladolid)

LA SOCIEDAD PRESENTE COMO MATERIA NOVELABLE

Más allá de estrellas mass mediáticas que brillantes, con meteóricas carreras conducidas pulcramente a través de medidas campañas promocionales (en las que mucho tiene que ver el desparpajo transmutado en descaro del autor y el soporte de una industria muy novísima), y más allá de los opulentos premios literarios, con sus estrategias de marketing, sus cuentas de resultados, sus nichos de mercado y sus targets, la actualidad de la última generación de narradores asturianos, entre los que hay que contar al grupo de las fantasmagóricas “leyendas urbanas” junto al de los –discúlpese lo anacrónico de la broma- “exilio interior”, nos ofrece colecciones específicas, nuevos proyectos editoriales y empresas consolidadas, en las que han apareciendo en los últimos tiempos obras de, entre otros, Ricardo Menéndez Salmón, Ignacio del Valle, Miguel Barrero, Alfonso López Alfonso, Carmela Greciet, Javier Almuzara, David López, Martín López-Vega, Jordi Doce, Antonio Valle, Miguel Postigo o Ana Vega. Novelas, relatos, aforismos, reflexiones o libros híbridos han visto la luz recientemente, sin olvidar la propuesta plural de los muy interesantes proyectos colectivos *Nuevas maneras de contar un cuento* (coordinado por José Ángel Gayol para Libros del Pexe) y *Cuentistas* (coordinado por Jesús R. Castellano para el Ateneo Obrero de Gijón).

Saúl Fernández (1974), periodista y autor de otras obras como el libro de relatos *Maneras perdidas y otras historias* (2001) y la novela corta *Las demás historias* (2004), representa la vía más realista de esta actualidad narrativa con su libro de relatos *Basado en hechos reales: diez historias*. El propio título resulta ya revelador de una declaración de intenciones estéticas donde prima la consideración de sus relatos como representación ajustada y certera de la realidad (paradójicamente, la casualidad ha querido que el mismo

título haya sido elegido posteriormente por Juan Bonilla para una antología de sus cuentos, aunque en este caso ni la propuesta estética, ni el sustento teórico, ni la idea de realidad coincidan en absoluto con la de Saúl Fernández). Por tanto, de acuerdo con la Teoría de los Mundos Posibles desarrollada por Tomás Albaladejo y continuada por Javier Rodríguez Pequeño para explicar las construcciones literarias a partir del uso de la ficción, el mundo que propone Saúl Fernández pertenecería al tipo de modelo de mundo de lo “ficcional verosímil”, donde las leyes que lo rigen, aunque no son las de la realidad efectiva, son similares a las de ésta, y el referente literario obtenido está formado por seres, estados, procesos, acciones e ideas que podrían formar parte de esa realidad primera sin quebrantar la verosimilitud, porque su fuerza reside, precisamente, en la representación mimética. La adscripción de Saúl Fernández a esta estética del realismo debe hacerse atendiendo a los magisterios evidentes que emanan de su obra, y que trazan una genealogía que comenzaría en Galdós y continuaría en Ignacio Aldecoa (la atención al detalle) y Juan Marsé (la mirada irónica pero compasiva). Fernández se ha creado su propia tradición (todo escritor lo hace), la que queda ejemplificada en el título de esta reseña, que es el título del discurso que, en 1897, pronunció Galdós ante la Real Academia Española: “La sociedad presente como materia novelable”. Decía allí Galdós: “Imagen de la vida es la novela”. Saúl Fernández se aplica a estas premisas y postula en una entrevista: “Yo entiendo la narrativa como un espejo de lo cotidiano. Y si quiero seguir esta premisa es necesario que la base de los relatos sea la mía propia. Soy periodista, vivo en Asturias (...)”.

Con estos mimbres, y con la influencia de un estilo deudor del periodismo (“Los materiales accesorios simplemente distraen de la lectura”, ha dicho el autor), pero muy cuidado y preciso, donde priman la descripción exacta, el humor punzante con ribetes tristes, la emoción contenida y el diálogo como recurso, Basado en hechos reales se nutre de un catálogo de situaciones cotidianas del presente fácilmente reconocibles, junto a historias del pasado que siguen teniendo una influencia capital en el presente, todo ello con la base geográfica de Asturias o con “lo asturiano” como fondo. Pero más allá, intuyo, el pilar que sustenta los relatos de Saúl Fernández es la constante reflexión en torno al narrar, a las posibilidades del decir, a los valores –ideológicos, éticos- que hay detrás de cada historia, a dilucidar quién cuenta y por qué y cómo, a poner en tela de juicio quién es el dueño de las historias que se cuentan, a la posibilidad de reescribir lo ya pasado. Y aunque esta reflexión queda muy desleída -por decisión propia del narrador en una maraña de acontecimientos comunes, anécdotas cotidianas, lugares conocidos,

personajes del día a día, situaciones banales –o que se dan como tales- y hechos noticiables, no es descabellado postular que estos relatos tratan de cómo el individuo recupera su memoria, rechaza sus recuerdos, reescribe su historia, a partir de los retazos –deslabazados, quebradizos, siempre incompletos- que ha recibido de los que contaron antes que él o de las percepciones que le ofrecen sus propios sentidos.

Luego, en cada relato, encontraremos esta reflexión sobre la historia y sus narraciones ejemplificada en un momento histórico y con una anécdota que la haga presente y la vivifique. En “Ciertos presagios”, el fondo será el de la Guerra Civil española vivida desde Asturias (“Son tiempos estos de reescritura de la historia, de estupideces faltas de rigor y de borracheras de sabios constituyentes. Sabe usted que me gano la vida con la enseñanza, en un instituto de secundaria, sabe que me dedico a contar cómo sucedieron las cosas que hicieron de este país el que ahora tenemos entre manos”. “Es difícil seguir una línea narrativa y no perderme”. “No sé qué quiere saber más, no sé si lo que pretende es que le hable de mí, de mi padre o de mi abuelo”. “Un profesor borracho, un divorciado desamparado, un estúpido con voluntad de encontrar su origen”). En “La mujer caníbal de la calle Bayard”, un truculento suceso protagonizado por una inmigrante asturiana en una Nueva York hambrienta y cruel, contado a varias voces y con un final sorprendente (“Los periodistas debemos contar los hechos tal cual han sucedido...”). En “Mi hermana Violeta”, una historia cotidiana de relaciones familiares, amores y envidias (“La historia no sé bien yo todavía cuándo explota...”. “Fue, creo, cuando comenzó de verdad toda esta historia”. “Me aclararon después lo que faltaba y por eso ahora se lo cuento a usted. Quizá le he molestado con todo esto, pero imagino que sabrá disculparme. La historia de mi hermana Violeta. No sé qué más decirle”). En “¿Quién mató a Jesucristo?”, la doble estructura narrativa pasa constantemente del presente al pasado a través, una vez más, de la reinterpretación de la historia, en este caso el Evangelio releído a la luz de las investigaciones de Jude Velarde (“Leí. Y leí bien. Según las notas que me prestó el profesor de Turón, Jesucristo murió víctima de un sorprendente ataque de celos del gobernador de Judea, Poncio Pilato, amante de Magdalena”). En “Paciencia de corso”, un Napoleón sonriente espera el derrumbe de su imperio y de su sueño. En “La muerte progresiva”, los pequeños detalles de una espera con final previsible, con sus miserias mínimas y sus verdades inexorables, en un hospital. En “Celebración de la impostura”, un asesino confeso se reivindica como dueño de su historia (“Mañana imagino que esto que le cuento se publicará en la prensa”. “Porque yo se lo he contado: usted es el más grande, pero yo soy el mejor”). En “Historia de cimbríos y

celtíberos”, con un fondo de política local y vidas tristes, el protagonista afirma que su mujer se enamoró de él “porque siempre te encantaron mis historias”. Y el narrador de “El lado salvaje de la vida” recuerda que “En aquel tiempo yo quería ser el protagonista de la leyenda” (un relato, por cierto, que es una especie de minihistoria literaria de las últimas promociones de autores asturianos). Narrar la vida, vivir la historia, hacer historia de la narración.

Por este libro aparece, como un fantasma constante y musical, una Alicia Briz que vive en todos los relatos; y también alcaldes ovetenses y políticos mafiosos, periodistas sin escrúpulos, reyes de España, suplementos dominicales, ciudades del norte, historias de la guerra civil, algún cargo público (“gris y sindical”), escritores de culto (uno de nombre Saúl Fernández, claro), estudiantes perennes abonados a la bohemia cutre y cachonda, elementos líricos casi imperceptibles (“El olor de las manzanas es oscuro”, ardillas que son presagios), sarcasmos evidentes (“Franco para mi tío Fermín venía a ser un demócrata cristiano o a lo sumo, un liberalote un tanto flojo, de ahí su simpatía hacia Aznar”), un excelente manejo del tiempo de la narración y sus voces, vidas pequeñas convertidas en literatura, historias mínimas y grandes pasiones, homenajes literarios constantes, juegos de palabras, relaciones que terminan, humor grueso y delgado, realidades reconocibles... La forma de contar de Saúl Fernández, evitando las generalizaciones, centrándose en la acción, ejercitando el diálogo, abominando del tópico, yendo al grano, filtrando lo sobrante, huyendo de lo accesorio (aunque a veces nos invade la sensación de excesiva rapidez), ofrece una narración donde el artificio se pone a la vista para que no distraiga su búsqueda y donde el relato es eficaz porque hace visible lo evidente.

La casualidad –el destino, la suerte, lo que sea- ha dispuesto que mi lectura del último libro de Saúl Fernández, Basado en hechos reales: diez historias, coincida con la relectura del libro de relatos de Felipe Benítez Reyes Maneras de perder. Y aunque nada hay, a primera vista, que relacione a ambos autores y que vincule sus estéticas, es en uno de esos relatos, el titulado “El ordenador”, donde aparece un personaje de nombre Saúl que me apropio ahora para concretar las características fundamentales de la propuesta narrativa de Saúl Fernández que he querido poner de manifiesto: “Saúl era capaz de imitar voces distintas... Su garganta era, por sí misma, un pequeño teatro embrujado”. Sí, añadido yo, el pequeño teatro del mundo. Y también: “...pero aún nos divertía más que Saúl nos contase historias...”. Uno de los personajes de Saúl Fernández afirma en cierto momento “Pienso que mi vida vista desde fuera pueda resultar singular, pero le seré

sincero: ambiciono la absoluta mediocridad. Como Horacio”. Desconozco si Saúl Fernández se identifica con esta afirmación –también desconozco si es un “persistente mal vendedor de sí mismo”, Francisco García Pérez dixit-, pero, como preconizaba el erudito y amoroso autor de la Epístola a los Pisones y El arte de amar, sus relatos instruyen (hacen pensar) y divierten (nos hacen disfrutar). Lo cual, según está el patio (de Monipodio), es mérito notable.